

LOS OPRIMIDOS

La muchacha caminaba por la pasarela que hacía de su calle con un vestido de verano de vivos colores. Desfilaba con la barbilla alta sobre su cuello de esbelta jirafa, que se asemejaba a un periscopio en su intención de registrar de forma altiva las miradas que se posaban sobre ella. Los colores intensos del vestido iban robando ojos de transeúntes. El rojo de la tela era alimentado por la sangre de la esclavitud de un niño paquistaní. Los ojos casi ciegos de éste, por estar inmerso las veinticuatro horas del día en un húmedo y oscuro sótano, habían dejado su luz en la alegre tela que portaba la joven con la más despreocupada inconsciencia. El sudor de la muchacha, por el calor del verano, se mezclaba con los restos de sudor que habían dejado las manos encallecidas del pequeño niño sastre. La adolescente del primer mundo, esclavizada por la cultura del capitalismo, chupaba, como un vampiro, sin saberlo, la libertad del niño tercermundista, que en su pocilga no sabía lo que era soñar con la luz de un nuevo día.